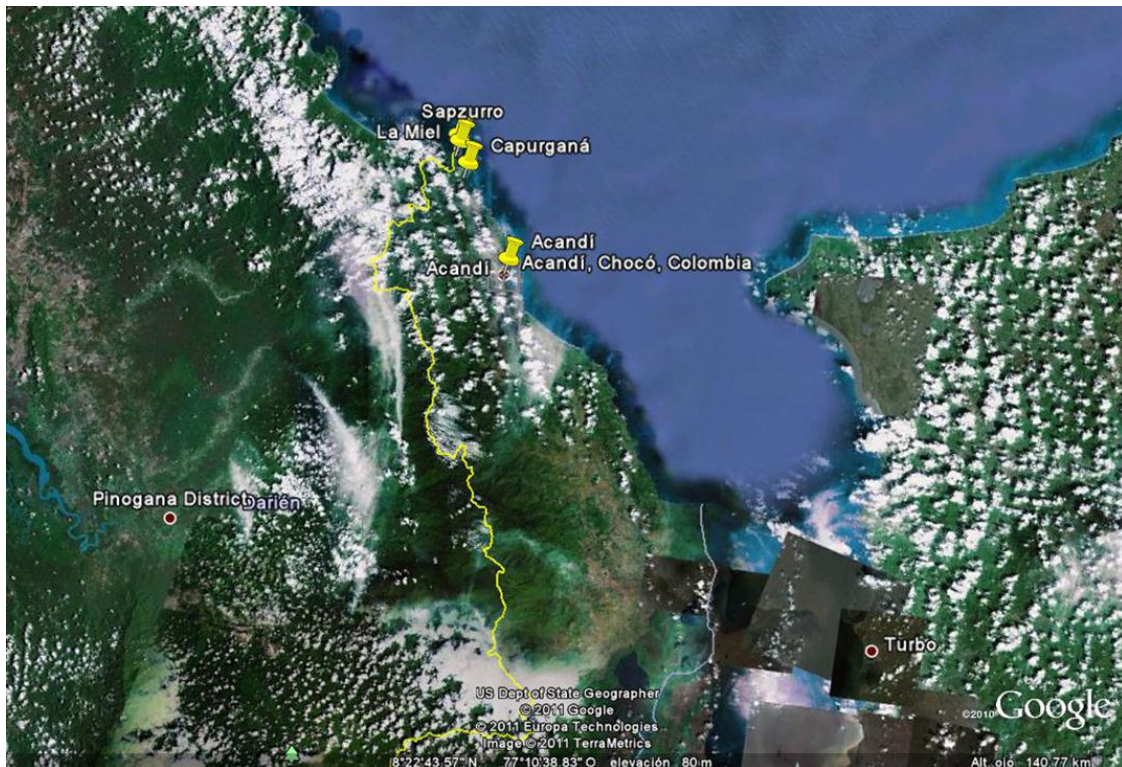


CRÓNICAS DE SAPZURRO

Breves anécdotas de un viajero en una región de embrujo

He tenido, afortunadamente, la oportunidad de visitar varias partes de nuestro país y algunas en el extranjero, muchas de ellas maravillosas, especialmente por las personas que hicieron de esas ocasiones extraordinarias experiencias vivenciales.

Pero he de iniciar este anecdotario con las historias de Sapzurro, pueblo ubicado en el Golfo de Urabá, en la Bahía de su nombre en límites con Panamá.



Sirva la advertencia de ser yo un viajero como muchos, que en el breve tiempo era imposible entender la profundidad de su cultura y es solo la visión y el sentimiento del paseante que disfruta de la oportunidad de conocer y de vivir. El viaje lo realicé en Marzo de 1986 y seguro que muchas cosas han cambiado.

DE CÓMO ME INTERESÉ Y LOGRÉ FINANCIAR EL VIAJE

Hago esta introducción a la experiencia porque creo, vale la pena contarla. Ustedes juzgarán.

Caminando por una avenida de Bucaramanga, escuché una voz que se me antojaba conocida que me citaba. “Mauro, Mauro.....”

Busqué alrededor hasta identificar el origen del llamado. Era Alberto, del cual desde hacía varios años no sabía. Era evidente su alegría al encontrarme y la mía al distinguirlo. Nos saludamos afectuosamente y, como era menester, indagamos por nuestra vida reciente.

“Ando de “profe” de escuela en Sapzurro”, me contó.

Fue el tema que brilló en este inicial reencuentro, a veces tan formales, a veces como buscando esos espacios que permitan recordar viejos sentimientos de amistad.

“Sapzurro, Sapzurro, y eso ¿qué carajos es, en dónde queda?”, indagué en mi acento coloquial santandereano, recuperado después de 5 y más años de haber vivido en otras regiones.

Él me explicó la lejana ubicación contándome mil experiencias que me parecieron dignas de conocer viajando a esa extraña región en el Caribe colombiano. Me comprometí a ir y eso se volvió obsesión inexcusable.

Y comenzaron a “pasar cosas”. Cosas raras que eran similares a otra experiencia con el mismo Alberto, tan o más espectacular como la que ahora relato y que, si Dios me da vida y el espacio, me referiré a ella en otra ocasión.

Parto del hecho de que, investigando recorridos y cuentas, ir a Sapzurro era todo un camello y supremamente costoso, al menos para mí economía de ese entonces. Debía viajar de Bucaramanga a Medellín, de allí tomar avioneta a Acandí y barca a Capurganá-Sapzurro y, luego, el regreso. Un dineral y un mundo de tiempo.... ¿qué hacer?

El hecho es que, con el respeto que se merecen quienes ahora leen, debo resumirlas en ningún orden porque ya la memoria confunde su secuencia cronológica. Veamos:

UNA: Mi secretaria salió de vacaciones y cuando regresó me contó que había ido a un lugar que *“ni me lo podía imaginar”*.... *“Sapzurro”*, le dije instintivamente. *“O al menos a Capurganá”*, seguí la secuencia. Confirmó, no sin turbación, mi intuición.

DOS: En uno de mis viajes a Bogotá, a donde iba a desarrollar tareas propias del cargo, quise contarles a los suegros sobre el viaje que tenía “programado”. Buscamos a Sapzurro en mapamundis, atlas y demás herramientas, no muchas, que en ése entonces existían. Nada encontramos. Compungido, saludé al pariente que llegaba. *“Mira cuñado, El Espectador para que lo lea”*, me dijo, entregándome el diario bogotano. Venía, en ese entonces, con un Magazine denominado Turismo por Colombia... Departamento del Chocó... y allí aparecía....!Sapzurro!.

TRES: Después de 5 y más años, me llamó el compadre por mi hija, Henry, desde Cali a decirme que *“en Semana Santa iría a un sitio jamás imaginado”* y me invitaba a que lo siguiera. Bueno, ya me puso fecha y el compromiso se amplió a dos personas. Pero, ¿cómo, cómo ir? Mi convencimiento era tal que pronto se dio la solución.

CUATRO: Laboraba en una Corporación Oficial en que existía una Oficina Coordinadora de entidades similares en el Departamento Nacional de Planeación en Bogotá. Anualmente se hacía una reunión con todas para planear los programas y distribuir aportes del Gobierno para el desarrollo de las inversiones. Conversaba con el coordinador designado y se asomó el Jefe de la Oficina como buscando un interlocutor para contar algo que era de importancia. Al azar, me escogió e hizo pasar para comentarme *que “había acabado de colgar el teléfono con la Directora del DNP, señora María Mercedes Cuellar, y que habían decidido el lugar y fecha de la reunión”*. Al manifestarle que yo “sabía” que era en Capurganá (paraíso vacacional paisa a 20 minutos de Sapzurro) y que se haría en la época de Semana Santa, el hombre no me lo podía creer porque solo él y la Directora lo sabían.

Resuelto el problema: con pasajes pagados, viáticos, y en la fecha acordada, viajaría a Sapzurro por cuenta de los contribuyentes.

UNA CLASE DE PINTURA

A la sazón, por esos días fue una pintora italiana y el “profe” Alberto la invitó para que le dictara una clase a los alumnos de la escuela.

El plantel de educación de Sapzurro, en ese entonces, era una típica casa costeña con techo de paja, paredes peladas, ventanas sin marco por donde entraba la vista y la fresca brisa del mar. Los alumnos y alumnas, unos 20, oscilaban en edades entre 8 y 12 años, cuál más inquieto, siempre sonrientes, con esa muelamenta blanca que contrastaba con su piel morena de origen africano.

La pintora los invitó a que la clase se hiciera en la playa, frente a la bahía.

Inmediatamente le aceptaron la propuesta y con la algarabía propia de la edad y de la aglomeración, corrieron a la playa, sentándose en la arena, maderas en el piso, bordes de las “pangas” (pequeña canoa con motor de 5 caballos, típica de los sapzurreños para sus labores de pesca y transporte de personas y mercancías).

La italiana les preguntó: *“¿Cuántos colores tiene el mar?”*.... murmullo de protesta y descontento ante pregunta tan pendeja.

“Pues profe, muy fácil: azul, verde y gris”, respuesta que fue aprobada por todos, casi que en coro.

Sin inmutarse, la profesora, aunque tuvo que repetir la pregunta hasta que callaron y la entendieron, preguntó: *“Bueno, niños, ¿pero cuántos azules tiene el mar?”*.

Silencio en que ellos, no todos porque a algunos les seguía pareciendo pendeja la pregunta, se pusieron a mirar, a ver, el mar que siempre los había acompañado, en los amaneceres, en el sol calcinante de medio día, en sus ratos de juegos y diversión.....



Y, como siempre, aparece el “Juanito”, más inteligente o expresivo que todos los demás y, parándose y con esa cara de admiración por un gran descubrimiento, con la mirada de sorpresa y agrado, exclama: *“Uy, profe, qué cantidad de azules que tiene el mar”*.

DE PESCA DE LA BARRACUDA

Antes de partir

Nos despertamos y levantamos temprano antes de que amaneciera.



La mar estaba absolutamente tranquila. Ya de por sí, por ser la bahía muy cerrada, las olas que llegaban a nuestra playa durante el día son muy pequeñas. Pero a esa hora era una verdadera piscina, de tranquilidad, de

una paz inimitable solo alimentada con el susurro de los primeros pelícanos que planeaban buscando su sustento.

No reunimos con el nativo que en su panga nos llevaría a una faena que con hilaridad presentíamos llenas de experiencias desconocidas.

Y ellas no tardaron en presentarse, esta primera bastante desagradable y terrorífica.

Escuchamos, ya más adelantados hacia el muelle de las embarcaciones, los sonidos de música ramplona que desentonaban y eran estridente a esas primeras sensaciones experimentadas.

Desde la noche anterior andaba preocupado por la falta de cigarrillos y ésta era una casualidad que encajaba perfectamente para satisfacer mi necia necesidad: el bar de Zorrilla estaba abierto y con los cigarrillos completábamos el paquete de ingredientes (habíamos bajado unos cocos que se les abrían los puntos en su parte superior para, dejando su agua natural, le agregábamos ron tres esquinas y hacer un delicioso coctel) que acompañarían la faena.

Cuando entré al establecimiento, quien escuchaba la música era uno de los tres policías de la pequeña guarnición. El hombre estaba absolutamente borracho, recostado sobre la mesa y con su fusil al lado. Se despertó con mi entrada y levantó la cabeza invitándome a sentarme en la mesa.

La corta conversación se fue estrellando con requerimientos cada vez más provocadores. La tensión subió al grado en que cada respuesta mía era tomada por una agresión que exaltaba cada vez más el arrojo del agente. En su aturcido ánimo, tomó el fusil y me lo puso contra el pecho haciendo requerimientos sin ningún sentido lógico, amenazándome con matarme.

Cuando el nativo de la panga se dio cuenta de lo que pasaba, entró en el local y con requerimiento, me llamó diciéndome que “ya todo estaba listo para el viaje y que debíamos partir ya”. Yo inmediatamente di la espalda al oficial y salí rápidamente, pero siempre con el temor (¡terror!!!!) de que el disparo saliera y ahí quedar en medio de ese pueblo olvidado.

De pesca

No me fue fácil subir a la panga. Las piernas me temblaban haciendo casi imposible los movimientos. Toda pequeña barrera era un Everest. Por fin subí a la embarcación y partimos hacia otra mar, en ese momento menos profunda y oscura de la que había conocido hacía unos minutos.

La salida en sol naciente, la mar ya más picada, la curva en el Cabo Tiburón, la brisa que se calentaba con el tiempo y con el deleite de los 5 primeros rones con agua de coco que me tomé rápidamente directamente de la fruta, disiparon mi angustia y me permitieron enfrentar la nueva experiencia.

La barracuda es un pez bastante agresivo y peligroso. Aunque acostumbra estar en bancos o manadas, algunos se acercaban a la playa en donde intentaríamos su caza. Nuestro arnés de pesca era bien rudimentario: un par de carretes de madera en que se enrollaba el nylon de 100 libras y un anzuelo con guía de acero, al que incrustábamos un camarón recogido en una playa cercana.

La labor se hace andando la barca y bogando el nylon a una distancia de 50 metros. Como a las 11 saltó una barracuda entre las olas, aquí sí bastante más altas que en la bahía. El sol brilló sobre su piel sacando destellos multicolores en un espectáculo bellissimo, sin igual. El entusiasmo en la barca se hizo estridente por la admiración de tan extraordinaria aparición y por el acumulado de coctel consumido.

Contrario a lo esperado, me entró una gran confusión y decidí recoger mi nylon después de seguidos saltos de la presa buscada. No, me era imposible sacar tan bello pez del agua y no permitirle nunca más repetir sus alegres saltos. Vinieron las críticas de Alberto y Henry, a quien le cedí el turno del segundo de los dos carreteles.

Al final, solo picó uno que con sus afilados dientes rompió la cuerda a pocos metros de subirlo a la panga. No sentí satisfacción por la tristeza del amigo al ver escaparse la presa, pero sí una gran tranquilidad en el alma por los sentimientos acumulados en que, recordé, que horas antes yo podía haber sido la barracuda que, como yo, también se escapó de la muerte.

“¿DOCTORCITO, UDTED HA ECUCHADO EL MAR?”

Estaba, una tarde, a eso de la modorra de las 4 de la tarde mirando la mar. En esas se me acercó Zamorano, afro descendiente ya de edad, y me pidió que le ayudara a pintar el nombre que quería en un costado de su panga.

Nada experto en esas labores artísticas, busqué la manera de excusarme para esa labor. Un poco de somnolencia y mucho de impotencia, no lograron armar los suficientes argumentos para convencerlo.

“Mary, es el nombre que quiero a mi panga”, me indicó. Ah, Mary, corta se insinuaba la labor ante su insistencia que ya más parecida una orden.

Una brocha y un tarrito de pintura eran las herramientas con que contaba. Pronto me di cuenta de que la encomienda era más complicada de lo que en un principio creía. La concavidad del lateral hacía que la obra se diseñara con perspectiva. Ah difícil armar letras uniformes que desde afuera pudieran ser vistas sin deformación.

Pero Zamorano insistía con un convencimiento y confianza que no sabía de dónde yo podía inspirarle..... un par de horas para terminar y bautizar el Mary que, como es de suponer, bastante fea quedó, a mi parecer, aunque la sonrisa de Zamorano (siempre esos dientes que se antojan más blancos por contraste con esa piel oscura) mostraba una enorme satisfacción.

Me dijo, *“doctorcito, ¿ha escuchado el mar?”* (con ese acento tan lleno de melodía, juego de tonos, comiéndose algunas consonantes de la gente de influencia del Pacífico colombiano). Vaya preguntica, ¿que si yo había escuchado el mar?, pues claro que sí, decía en mis adentros. *“cómo así que si he escuchado el mar?”*.... *“sí, doctorcito, ¿usted ha escuchado el mar?”*, insistió, como era su costumbre.

Me acordé de la clase de pintura con la italiana sobre los colores del mar. A lo mejor me estaba perdiendo algo, de modo que lo mejor era hacerle caso.

Me llevó a uno de los costados de la bahía, un tanto alejado del pueblo y nos sentamos encima de un tronco ya seco que en la playa había sido arrastrado y quedado allí seguramente para estos menesteres de contemplación y solas.



Es la bahía muy cerrada en que el extremo que se ve a la derecha de la misma la denominan *“Punta Mariposa”* porque allí revientan las olas haciendo estelas de miles de goticas que por efecto del solo a ciertas horas, forman un cuadro multicolor muy parecido a ese insecto.

Traté de decirle algo al cabo de un rato, pero él me indicó con el dedo que hiciera silencio. Seguí mirando el mar y escuchando las pequeñas olas que casi llegaban a mis pies..... pero, al rato, también escuché las olas que llegaban unos metros más lejanos formando nuevos tonos con un ritmo diferente.

Luego, las olas de más allá.... y más allá, todas confundiéndose en tonos roncros, graves y menos graves hasta formar, con las olas que reventaban en Punta Mariposa, toda una orquesta sinfónica de miles de instrumentos que hacían eco en mi alma creando sensaciones ya muy cerca de lo sublime. Era descubrir melodías, instrumentos, ritmos, tonos que jamás había escuchado.

No sé cuánto tiempo había pasado.... Pero ya estaba oscuro. Me volteé para tratar de decirle a Zamorano lo que sentía, pero él ya no estaba ahí. No supe a qué horas se había ido. Intenté concentrarme nuevamente, pero un poco de paranoia ante la soledad y la oscuridad me obligó a ir al pueblo.

Al entrar, con un caminar lento y lleno de sensaciones y una extraña melancolía, vi a Zamorano departiendo unas cervezas con varios nativos. Él me miró y sonrió (ah, esos dientes) y siguió con sus amigos, hablando y riendo.

Pero con esa mirada y esa sonrisa, estoy seguro que me dijo: *“doctorcito, ya escuchaste el mar”*.

ANOCHECER EN SAPZURRO

Vivía en las oficinas de Telecom (como anécdota). Frente a la casa, había un almendro que en pleamar quedaba dentro del mar. Este frondoso árbol tenía unas ramas largas de las cuales colgábamos una hamaca, lugar del cuento que adjunto.

En resumen, el sol se fue poniendo y las luces de la luna producían en pequeñas las olas, miles y miles de incandescencias que llenaban el alma.



Tarde solariega, ardiente
Tarde de tierras y mar

Es la Bahía de Sapzurro
En el Golfo de Urabá

Y era el mar en la bahía que en la noche se insinuaba
El que en mí corría todo
Con gaviotas
Con pelícanos
Que en la tarde oscura y fresca
A su nido ya volaban

Y la luz en occidente
Se perdía

Yo,
En mi hamaca recostado
No era noche ni era día

Apareció la luna
Esa luna majestuosa
Del blanco color brillante
Rebotaba con las olas
Haciendo mil candelillas
Y las mil fueron mil miles
Y se volvieron millones
Como luciérnagas vivas
Iluminaron la noche

Me recostaba en la playa
Encontrando nuevos modos
De ver el mar encendido
Con todas mis ilusiones

Y oí una ola en la playa
Debajo de mis pies descalzos
Y escuché el mar en la tarde
Cantándome sus canciones

Eran cien olas cercanas
Que también multiplicaban
Los ecos de olas lejanas
Que lejos ya reventaban

Y todos ya se juntaron
Los miles de luces miles, la ola cerca y lejana
Haciendo más grande el concierto
Con voces y con bengalas
Con todas las voces todas, con todas las luces todas
El gran concierto del alma

La luna se fue escondiendo
Tras las rocas que flotaban
Y se ocultaron las luces
En la mar cerca y lejana

Pensé que había sido un sueño
Cuando las luces se fueron
Pero yo seguía escuchando
El concierto de las olas
El concierto de las olas
Tan cercanas, tan lejanas

A la mar me metí cantando
Las notas que me inspiraban
Las noches de mi Sapzurro
En el Urabá esa tarde, en esa noche, ese instante
En que toqué con mi mano
El cielo que había encontrado
En una tarde de ensueño
En la mar fresca y brillante
Desde mi hamaca de viajero
Y en mi tarde no olvidada

UNA CLASE DE HISTORIA

Esta vez me tocó a mí. Estaban en el Descubrimiento de América y el profe Alberto me presentó como el encargado de la clase de hoy. Tocó recurrir a la memoria tratando de recordar los principales hechos, sin distorsionar y tratando de ponerle alegría a la historia.

Varios bostezos, muchas charlitas y señales entre ellos, papelitos que volaban de un lado a otro, absolutamente distraídos mientras duró todo el cuento de saber *“quién era Cristóbal Colón, el Rey de España, que un tal Américo Vespucio, la Reina Isabel, la donación de sus joyas”*.... Hasta que llegamos a puerto.

Ya comenzaron a indagar por la Pinta, La Niña y la Santa María. Traté de explicarle que *“la parte de adelante, la de atrás, el palo del centro, que tanto de largo.....”*. *“No, profe, no sea bruto, es la popa, la proa, el mástil, que tanto de eslora....”*. Y así, nos embarcamos en las tres calaveras, ya ellos bastante fascinados.

Con la ayuda de un mapamundi, *“Es que de Palor de Moguer hasta América había una distancia como de varios miles más largo que de Sapzurro a Acandí. Mil veces, más veces...”*. *“Uy, eso es muy lejos”*, decían. *“¿Cómo cuántos días, profe?”*. *“Muchos, muchos días, meses, y todo a vela y sin saber si se podía llegar o no”*, respondí ya contaminado y asumiendo el comando de la nave, por ahora, segura.

“Y fueron pasando los días y los meses, y el sol, y siempre el mar, ni una sola ave, comenzaron a faltar los alimentos, el agua era muy poca, había días y semanas sin que soplara el viento... ya llevaban meses en el mar y Cristóbal sabía que ya no había forma de devolverse. Era descubrir tierra o morir”. Notaba la cara de extrema angustia de varios....

“La tripulación no aguantó más y fueron a hablar con Colón para devolverse. Colón les pidió tres días adicionales y si no encontraban nada, se devolverían. Es decir, la muerte era segura porque el agua y la comida no alcanzarían. Colón lo sabía y los marineros no lo comprendían, en su angustia y dolor”.

“Pero comenzaron a pasar cosas.... Unas ramas verdes en el agua.... Llegaron una aves, gaviotas y pelícanos, y así llegaron al tercer día, que en esa mañana llena de bruma el marinero que estaba en el mirador del mástil central le parecía que.....”

“¡Tierra, profe, Tiieerrrrraaaaaa profe”!, gritó con su máxima capacidad el Juanito de siempre y se formó una algarabía en que los niños se abrazaban, gritaban de alegría, algunos con lágrimas en los ojos, todos salieron corriendo por la playa, gritando a toda voz *“¡Tierrraaaaa, tierrrrraaaa!!!!”*.....

Al otro día el profe Alberto los reprendió diciéndoles *“que el día anterior se habían <comido> la clase de aritmética y que ese día debían recuperarla”*.

TCHAIKOVSKI EN LA PLAYA

No es que el famoso compositor clásico haya resucitado y nos acompañara en la playa.

Uno de los encargos de Alberto era que le llevara música clásica. En ese entonces era en casetes y lo único clásico que encontré fue a Tchaikovski. El primer concierto para piano y un par de sinfonías era nuestro inventario. A falta de casetera, nos fuimos al único bar sobre la playa que allí existía. El de Zorrilla, el mismo de la tenebrosa aventura del policía borracho y amanecido. Tenía un par de bafles enormes de miles de vatios de salida, más altos que yo que mido 1.80 metros.

Sacamos atardeciendo una mesa y tres sillas a la playa con una buena botella de aguardiente. Zorrilla puso el primer casete que retumbó en todo el pueblo con el romanticismo del compositor ruso.

En la medida que pasaban las horas, se acumulaba otra botella, se repetían las piezas musicales, el mar fue subiendo de nivel y, primero los pies, hasta que ya el agua iba por casi la mitad de la altura de la mesa.

Esa noche, supongo, los nativos debieron quedar bien aburridos de escuchar melodías tan extrañas que invadieron sus hogares hasta que los beodos decidieron retirarse a pernoctar.

VIAJE A PUERTO OBALDÍA (PANAMÁ)

Consulta médica

Tenía dos opciones equidistantes para ser atendido por un médico debido a una molesta dolencia en un ojo: Acandí o Puerto Obaldía en Panamá. Alguna vez tuve una emergencia con mi hija en otro pueblo de Panamá, Las Tablas y los servicios médicos eran excelentes. Opté por ésta que, además, me permitiría conocer otro sitio.



Casualmente, al día siguiente partía una panga hacia ese destino para llevar una familia a visitar a unos conocidos. Había cupo y me apunté a la aventura.

El recorrido, alrededor de una hora en mar tranquilo, me deleitó con el paisaje de pequeñas playas y cabañas escondidas, gaviotas y pelícanos que planeaban sobre las olas y mucha selva que bordeaba el océano.

Es un caserío conformado de afrodescendientes en su inmensa mayoría. Algunos mulatos y yo, quizás el único medio blanquito con el médico que era barranquillero.

Había una cola como de 10 pacientes pero en segundos el médico, advertido del visitante extranjero, salió del consultorio y me invitó para ser atendido de inmediato. Agradecí su cortesía, que veía que los de la fila aceptaban con resignación y respeto y le manifesté que prefería esperar a que los atendieran a todos los que me precedían que yo esperaba mi turno. La espera fue de menos de 1 hora y en una consulta muy animada el médico me auscultó y me obsequio la medicina, unas goticas milagrosas que me quitaron la dolencia que durante más de 10 años me flagelaba.

Siguió un aburridísimo lapso de horas porque a nadie conocía y andaba con una paranoia achacosa pensando que en cualquier momento las autoridades me iban a pedir “papeles” que había olvidado en Sapzurro.

“Mareta”

Busqué a los tripulantes para indagar sobre la hora de volver. Me contestaron que *“es que hay mucha “mareta” pero que si yo ordenaba, partíamos una vez le avisaran a los otros viajeros”*.

La ignorancia es atrevida. No sabía qué era *“mareta”*. Como igualmente Puerto Obaldía quedaba protegido en una bahía, no notaba el gran oleaje producido por la fuerte brisa que había una vez rebasada la barrera protectora.

A diferencia de las playas en que las olas llegan en forma sucesiva y muy armoniosa, en medio del mar la cosa es bien diferente. Salen olas por allí, por el lado, por el frente, por atrás, por todas partes. Eran olas que calculo hasta de cuatro metros, en que a veces estábamos en la cresta y otras hundidos en medio de varias, por todos lados, que quería voltear la endeble panga. Muchas veces, la canoa salía de la cresta de una y el motorcito de 5 caballos, al estar en el aire sin la resistencia del agua, se aceleraba produciendo más ruido que cuando estaba consumido.

Miraba hacia la costa y veía como las olas reventaban contra las rocas en forma espectacular produciendo espumas parecidas a las de Punta Mariposa. Hacia allá no había salvación. Al otro lado, el mar infinito, sin tierra a la vista, sin posibilidades de salvación. En una ocasión, al caer la panga sobre el lecho del mar de uno de esos saltos al vacío, salió a presión un chorro de agua de debajo de mis pies, tan alto, que caía el agua a raudales sobre mi cabeza. *“Aquí fue Troya, ahora sí nos hundimos”*, sentí angustiado, encomendándome al Señor.

El tripulante que venía adelante corrió hasta donde yo estaba y buscó entre mis pies el tapón de madera que pronto colocó suspendiendo el vertimiento. Ellos usan ese tapón que colocan en el centro de la panga en sus faenas de pesca, el cual quitan para dejar que un poco de agua entre para limpiar los peces antes de entregarlos en puerto.

A propósito de los tripulantes, uno adelante, en popa, y otro manejando el motor. El de popa se mantenía en perfecto equilibrio (nunca vi que se cayera) con un pié a cada lado de los laterales de la embarcación, sostenido con un laso que estaba amarrado de la punta de la panga. Era un verdadero acróbata porque a pesar de los continuos golpes por los saltos al vacío, nunca se cayó. Fijándome con un poco de detenimiento, descubrí que éste le indicaba al motorista, con señales de mano, el sentido de las olas y la forma como debía esquivarlas.

Ya habían transcurrido casi 2 horas y media (recordar que nos habíamos demorado poco más de una en ir) cuando, en mi angustia de sentirme náufrago, ahogado en los mares del mundo, se me ocurrió mirar al tripulante de proa, el que manejaba el motor. El hombre, recostado y casi somnoliento, con una mano dirigía el manubrio y de la otra suspendía una cuerda para ¡!!!pescar!!!!. Le pregunté y me dijo que *“cómo no iba a aprovechar la vueltica y tratar de sacar al menos un pescadito para la cena”*.

Ante tanta serenidad del personaje, se contagié éste a mi espíritu. No era posible que si en realidad hubiese algún peligro, la gente estuviera tan sosegada.

A la media hora llegamos a Sapzurro y me llamó la atención el que hubiese tanta gente en el pequeño malecón. Pensé que estaban angustiados por nuestra demora, advertidos que habíamos salido de Puerto Obaldía en medio de la *mareta*. Pues no, estaban esperando al “*doctorcito*” para verme bajar de la panga adolorido y asustado. Varias personas se tomaban la espalda a la altura de la cintura e imitaban a un doloroso humano maltratado por tantos golpes del viaje.

Como pude, me bajé erguido, ocultando el terrible dolor en los riñones, en la espalda. “*Yo no me iba a dejar tomar del pelo de esta negramenta*”, dije para mis adentros. Caminé tieso y en silencio y me dirigí a mi residencia. Apenas entré y cerré la puerta, se acabó mi resistencia al dolor, salieron las muecas y quejas que espontáneamente correspondían, calenté agua y me puse paños tomándome un par de analgésicos. Esa noche no salí porque indudablemente se me notaría.

LA TORTUGA “CANÁ”

De regreso a la “civilización”

Muy temprano desperté gracias al sonido estridente de esos “despertadores” de cuerda de antaño. Estaba con un “guayabo” monumental. La noche anterior y casi hasta las 3 a.m., realizamos un consumo exagerado de licor etílico a manera de despedida con Henry y Alberto. No, que “rasca” tan “hijoemadre”.

Pero ese día, Viernes Santo, debía partir en la avioneta que desde Acandí salía a las 6 a.m. hacia Medellín. Zamorano, en la oscuridad, me esperaba en la panga para llevarme. Era una hora de viaje en que, gracias al bamboleo producido por las olas ya fuera de la bahía, vacié todo lo que aún me quedaba.

“Hoy es Viernes Santo” en Acandí



Bajé apresurado de la panga porque ya casi eran las 6, hora de partida de la avioneta. No había notado que a hora tan temprana había tanta gente por todas partes. Llegué a las oficinas de la compañía de aviación y estaban cerradas. Pregunté a uno de los transeúntes y me dijo que, “*¿hoy viernes santo?..... no, hoy no hay viajes. Hoy, en Acandí no se hace nada, no hay ningún servicio, nadie trabaja....*”

La tradición para ese día es que se levantan desde bien temprano. Preparan unas enormes ollas de comida que deben alcanzar para todo el día y a partir de las 6 a.m. todos los ciudadanos se dedican a jugar, tomar, hablar...,

está prohibido trabajar..... Y yo, que había agotado todos los recursos, apenas tenía para el bus del aeropuerto de Medellín hasta la casa de una cuñada y no conocía a nadie allá. ¿Qué hacer?.

Ah, de llegada, me habían presentado al Presidente de la Cooperativa de Pescadores de Acandí y lo buscaría. Gracias a la cordialidad de la gente no fue difícil encontrarlo, quien estaba acompañado del visitador de los hospitales de la región. Su amabilidad extrema me permitió divertirme a su costa durante todo el día. Beber cerveza por galones, relacionarme con la gente, comer de las ollas comunales ese delicioso sancocho de “picúa” que lo ofrecían sin distinción.....

A eso de las 4 de la tarde se había agotado por completo la comida en el pueblo. Alguien avisó que había un banco de picúa en la desembocadura del río pero, como era viernes santo, estaba prohibido pescar.

Yo no me sentí cobijado por la norma y le propuse, ya en un estado avanzado de alicoramiento, al Presidente de la Cooperativa que fuéramos a pescar. Pues ni corto ni perezoso nos montamos con el visitador en una buena lancha, con sendos carreteles y nos metimos al banco que no era difícil distinguir. Las picúas saltaban por todos lados y hasta se sentía el golpe ocasional de la lancha que golpeaba a algunas de ellas.

Eso fue toda una faena increíble. Había mucho oleaje por ser desembocadura del río y nuestro estado ético aumentaba la falta de equilibrio. Dos nylon tenían cuchara y el otro solo anzuelo. Pero la verdad, no alcanzaba a caer el anzuelo al agua cuando se ensartaba un pez. En menos de media hora ya teníamos un acumulado que superaba las 70 presas, que no sabíamos si eran las que habíamos cogido con el arnés o las que saltaban adentro de la barca en un frenético saltar. Era una orgía de locura.

A pesar del poco nivel racional en que nos encontrábamos, decidimos regresar a puerto convirtiéndonos en héroes de la jornada. “*Salvamos el viernes*” y en reconocimiento me ofrecieron la famosa “*sopa de carey*” sobre la cual hago referencia en el aparte gastronómico de este escrito.

La tortuga “Caná”



Ya atardecía (la conocida como “hora nona”, entre las 5 ½ a 6 ½ de la tarde, en que salen nubes de insectos incluyendo millones de zancudos que se deleitan picando humanos) cuando la gente comenzó a gritar, en coro, “*!llegaron, llegaron!*”. Todo el mundo corría hacia la playa.

Yo, que saboreaba la última cucharada de tan exquisito menú de tortuga, lleno de curiosidad, salí también corriendo tras la gente.

Cuando asomé a la playa, jamás me podía imaginar tan extraordinario espectáculo. Llegaban por miles, por miles de miles, unas tortugas gigantes que denominaban “Caná”. En Acandí, las playas se pierden en el horizonte y en todo su furor, las que ya remontaban la arena y las que había en el mar asomando sus lomos, eran incontables.

Cuentan que son tortugas migratorias, que van de las Islas Canarias al norte de África, al Golfo de México y de allí a Acandí a donde van a desovar. Suben por la arena y comienzan a abrir huecos en la arena en donde depositan los huevos que luego cubren con sus patas traseras, regresando al mar.

Pero son absolutamente gigantes. Nos montamos 10 personas, entre adultos y niños, encima de una de ellas y a pesar de tan gran peso, la tortuga seguía caminando como si nada. Me regalaron una calavera que, en tamaño, es equivalente a la de un humano adulto. Existe un monumento en su honor y la Corporación Ambiental del Golfo, se ha encargado de educar a los nativos en respetar sus huevos permitiendo que sus crías nazcan e inicien su deambular trasatlántico.

ANECDOTARIO

Algunos detalles de mi estadía y de la vida cotidiana de Sapzurro

Una de las veces que fuimos a La Miel, primer caserío de Panamá, al otro lado de la montaña que los humanos han definido como frontera entre los dos países, vi que la gente se empleaba en empacar, con gramera, un polvillo blanco que luego llevaban a un barco allí atracado. Alberto, viendo mi evidente curiosidad, me dijo “*maestro, hágase el “pingo” (como que no le importa) que eso es cocaína*”.

Me decían “*el pato patuá*”, una especie de garza blanca y famélica que allí existe, porque yo siempre andaba de blanco y era bien flaco en ese entonces.

Tenían una de las plantas telefónicas más modernas del país, pero para darle energía, le montaron una planta eléctrica al lado, lo cual hacía imposible hablar y escuchar por el tremendo ruido que ella producía. Nunca sirvió

TÍPICA SAZÓN CARIBE DEL GOLFO DE URABÁ

Con el permiso de los vegetarianos, a continuación relaciono unos platos típicos de la región. Solo me refiero a los que me parecieron que solo allí se consiguen o los que, por su abundancia, no estamos acostumbrados en cantidades, a no ser que cuente con un alto presupuesto.

SOPA DE CANGREJO. Es un cangrejo famélico, de patas alargadas, de color blancuzco, muy parecido a una araña. Al contrario de lo supuesto, en vez de salir del mar, bajaba de la selva en cantidades superabundantes, supongo que en temporada de reproducción. Lo preparaban en sopa de leche de coco en la que quedaba su esencia porque es imposible sacarle un gramo de carne. Es extraordinariamente delicioso

CARACOL PINGUA. Sale del mar en las horas de la tarde antes de oscurecer y se pega a la roca de tal manera, que si uno lo toca, es imposible separarlo. Toca pillarlo con agilidad. Frito, o cocido en hogao (cebolla cabeza y tomate).

FRITO DE CULEBRA. Es una culebra de aproximadamente 2 metros. Se frita en lonjas. Deliciosa.

CANGREJO TOYO. De color gris oscuro, gigante (pesaba más de 1 kilo), con unas “muelas” espectaculares. Nos lo prepararon en sopa de leche de coco de sazón caribe, tomando un color rojo encendido sencillamente extraordinario.

DESAYUNO DE LANGOSTA. Dicen que “a falta de pan, buenas son tortas”. Era imposible conseguir carne y huevos. Nos madrugábamos y con un arpón cazábamos langostas que eran abundantes en la bahía. Era nuestro desayuno preferido, con ñame frito o cocido.

TORTUGA CAREY. Me la ofrecieron como obsequio especial en Acandí en agradecimiento. En sopa, su carne muy blanda, se siente pegajosa.

CODA

Animados por mis historias, 20 años después viajaron mi hija y esposo a Sapzurro y varias cosas no encontraron y las experiencias no fueron similares. Contaron sus propias historias y vivieron su propio mundo, a la manera de ellos, a la manera de Sapzurro versión 2006, sin tortugas en época de Semana Santa en Acandí.

Pero ésta no era la coda que no conocía, que no sabía cómo cerrar estas crónicas. Y hoy, 1 de Marzo de 2011, es decir, casi 25 años después, yendo hacia Medellín, mi esposa me cuenta, ahora que siento concluidas estas crónicas, que mi hijo se va de viaje para Sapzurro a buscar un poco de sosiego y tranquilidad.

Ésta circunstancia me obliga a cambiar el subtítulo del documento y decir que no solo Sapzurro tiene su encanto, sino también su embrujo.